

Entrevista

“Es imposible pensar que uno puede volver a cerrar las economías, es una mentira, no va a pasar. Uno puede cerrar ciertas áreas y será menos competitivo. La globalización es algo que vino para quedarse, es inevitable”, afirmó el politólogo chileno Patricio Navia

Gobiernos de izquierda como el de Brasil y Uruguay entendieron que el neoliberalismo es la “mejor política para producir riqueza”

entrevista de Daniel Lema
El politólogo chileno Patricio Navia dedicó gran parte de 2006 a presenciar en directo varias elecciones que ocurrieron ese año en América Latina. Tras los viajes, Navia confirmó su idea de que la región debe fortalecer sus instituciones para evitar la dependencia de un líder carismático que, cuando falta, puede llevar al “caos” a su país.

Navia entiende que la presencia de un líder que se sienta por encima de las instituciones lleva al populismo. Pero el politólogo, de 37 años y docente en la New York University de Estados Unidos y la Universidad Diego Portales de Chile, entiende que el populismo tiene su lado positivo, ya que da lugar a quienes reclaman por una mayor inclusión.

Pero mientras hay países que van por el camino del populismo, dice Navia, otros que también se definen de izquierda adoptan medidas “neoliberales” porque entienden que es la “mejor política para producir riqueza”. En ese camino ubicó a Brasil, Chile, Perú y Uruguay.

Lo que sigue es un resumen de la entrevista que Navia concedió a **“Búsqueda”** luego de participar el viernes 15 en Montevideo en el seminario “Los desafíos de la izquierda progresista en América Latina”, organizado por el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL).

—Estuvo en 8 de las 11 elecciones que hubo en América Latina en el 2006. ¿Qué le dejó esta experiencia? ¿Cuál es la realidad de la democracia en el continente?

—Todos los países son distintos, porque tienen su idiosincrasia particular, tienen su historia, tienen sus partidos. Cada país es diferente, por lo tanto la democracia tiene distintas fortalezas y debilidades. Pero hay algunas cosas comunes en América Latina: la desigualdad, el populismo y también la necesidad de fortalecer las instituciones, en particular los partidos políticos, para que contribuyan a que la democracia representativa funcione mejor.

—Se ha escrito mucho en los últimos años sobre el viraje de la región hacia la izquierda. ¿Coincide con esa visión?

—Hay una verdad evidente y es que las derechas en América Latina apoyaron en general las dictaduras anticomunistas que terminaron violando

mucho los derechos humanos. Y el peso de eso le cuesta a la derecha. Cuesta mucho decir “yo soy de derecha”.

Ahora hay gobiernos que se definen como de izquierda, pero tienen modelos muy distintos de desarrollo. Hay gobiernos de izquierda que son antiglobalización, hay otros gobiernos de izquierda que son pro globalización, hay gobiernos de izquierda a favor de los acuerdos de libre comercio y hay otros que quieren cerrar sus países al comercio internacional.

Entonces la respuesta es sí, hay una izquierdización en América Latina que tiene que ver mucho con las culpas de la derecha. Pero esa izquierdización es muy variopinta, hay distintos tipos de izquierda y hay varios modelos.

—¿Pero se puede identificar una matriz en la izquierda, más allá de esa realidad variopinta?

—La izquierda muchas veces se ha confundido con los medios. Muchos izquierdistas se definen a sí mismos más por el medio que por el fin. Un izquierdista que se define por los medios va a decir: “mi objetivo es igualdad, justicia social”. Un izquierdista que se define por los medios va a decir: “mi objetivo es que el Estado sea dueño de los medios de producción”. Y uno puede decir que a lo mejor, siendo el Estado dueño de los medios de producción, no produce más igualdad. Pero a lo mejor produce más desigualdad porque hay corrupción.

Cuando asumió Salvador Allende, sus objetivos eran reducir la desigualdad, producir más justicia social, y para eso adoptó ciertos mecanismos, ciertos instrumentos. Y creo que los objetivos de Lagos y Bachelet son los mismos. Pero los instrumentos pueden ser distintos. La izquierda no debe definirse por los medios sino por el fin, y el fin es justicia social y más igualdad.

—Pero hay partidos de derecha que también plantean estas ideas.

—El fin último de los partidos de derecha es más la libertad que la igualdad y la justicia social. En América Latina los partidos de derecha están cruzados con el tema de la libertad porque quieren libertades económicas, pero a veces no libertades morales. Quieren el libre mercado, pero no quieren uniones entre homosexuales o que no se siga a la Iglesia Católica.

—Usted durante el se-

minario reflexionó sobre el fenómeno populista, ¿a qué atribuye su presencia en el continente?

—Este fenómeno siempre ha sido muy fuerte; desde que se verifica la existencia de desigualdad y los grupos marginados quieren incorporarse al sistema. El ejemplo clásico del populismo es el de Perón en Argentina, que quería incorporar a los “descamisados de la patria” y simbólicamente los termina de incorporar. Eso claramente no funcionó,

necesidad de construir una sola nación.

Ahora, igual que el colesterol, el populismo tiene una parte negativa. Es que esa demanda por inclusión puede producir un conflicto social y al final termina la mayoría de las veces en producir liderazgos individuales que concentran toda la estabilidad del país, y mientras el líder exista el país sigue estable, pero cuando se va o le pasa algo, entramos en una inestabilidad.

—Entonces, para usted



Patricio Navia

Foto: Leonardo Barizotti

porque si no ya se habría acabado el populismo. Hay todavía demandas por mucha incorporación y eso lo hemos visto en todas las elecciones; y los candidatos que prometen la incorporación, que prometen que habrá mayor inclusión social, terminan siendo bastante exitosos. Eso puede devenir en populismo en la medida que esa demanda por inclusión social termine en liderazgos individuales que debiliten a las instituciones. Que los candidatos digan, una vez que son elegidos, “ahora yo gobierno y las instituciones importan menos que mi liderazgo personal”. El populismo en su primera aparición es mucho más un síntoma que un problema, es síntoma de la enfermedad de desigualdad y exclusión que existe en América Latina.

—También comparó el populismo con el colectivismo al decir que hay un “populismo bueno y otro malo” ¿Qué es cada uno?

—El populismo nace por la demanda de mayor inclusión y eso me parece bueno. Es importante que las sociedades se preocupen por la exclusión y digan esta exclusión está mal. No puede ser que siempre estén los mismos en el poder, y sus hijos y sus nietos sean los presidentes y los dueños del capital. Me da la impresión de que la demanda por decir abramos la cancha, es una demanda correcta, tiene sentido y habla de la

la clave está en la fuerza de las instituciones, que son las que evitarían caer en un populismo “malo”.

—Sin instituciones fuertes, inevitablemente los países van a devenir en populismo o autoritarismo, porque las instituciones son las que permiten que existan pesos y contrapesos en los sistemas democráticos, que evitan que el poder se concentre en una sola persona. Cuando eso ocurre, algún día esa persona se va a morir o va a tomar decisiones equívocas y eso le hace mucho mal al país. Cuando existen instituciones cuesta más tomar decisiones, porque hay que lograr acuerdos con más actores, con las instituciones, para poder avanzar. Eso nos permite asegurar que las decisiones van a ser mejores.

Si la estabilidad depende de las instituciones, entonces la persona es mucho menos importante. La Presidencia tiene que ser más importante que la presidenta o el presidente. Y eso habla de democracias saludables. Si el presidente de Chile se muere hoy nadie cree que Chile va a entrar en una etapa de caos. Si el presidente de Cuba muere hoy, todos saben que Cuba entrará en una etapa complicada.

Hemos visto que en algunos países la izquierda se consolida como institucional, y en otros va en vías de hacerlo. El caso de Uruguay y Brasil, son casos donde la izquierda se

va a consolidar más allá de sus líderes. Hay otros en los que la forma que toma la izquierda depende mucho de quién es el líder de ese momento.

—¿Qué papel le da a las organizaciones sociales en este esquema?

—La democracia es esencialmente representativa. Al momento de votar somos todos iguales. Pero al momento de participar no somos todos iguales, porque algunos participan más que otros. Los estudiantes en general tienden a participar más que los jubilados, y los jubilados participan más que las amas de casa con niños pequeños. La democracia participativa es profundamente desigual porque hay gente que participa más que otra.

La democracia representativa sí se puede fortalecer con mayores niveles de participación y mejores organizaciones y más organizaciones.

Las democracias saludables ven la aparición de institutos, de ONGs, de think tanks, que contribuyen a fortalecerla. Pero éstos no deberíamos entenderlos como sustitutos de los partidos políticos sino como complementarios.

—Pero hay países que invocan el término “democracia participativa”, como Hugo Chávez en Venezuela.

—Bueno, eso me parece profundamente antiizquierda, porque la izquierda es igualitaria, y la democracia participativa no lo es. La democracia participativa reconoce que unos participan más que otros.

Si llegamos a un extremo, los militares pueden participar mucho más convenientemente que los sindicatos porque tienen las armas. Los empresarios participan mucho más que los obreros porque tienen más plata.

De ahí que me parece muy sospechoso que ciertos líderes de izquierda hablen de democracia participativa como si fuera la panacea, cuando ésta es profundamente antiizquierdista.

—Cuando usted analiza las diferentes izquierdas en América Latina dice que encuentra en algunos casos ciertas cosas en común, por ejemplo ideas neoliberales, y ha sostenido que el neoliberalismo vino para quedarse. ¿En qué ve ese neoliberalismo en los actuales gobiernos?

—Es imposible pensar que uno puede volver a cerrar las economías, es una mentira, no va a pa-

sar. Uno puede cerrar ciertas áreas y será menos competitivo. La globalización es algo que vino para quedarse, es inevitable.

Habiendo dicho esto, en la globalización hay ciertas políticas económicas que funcionan mucho mejor que otras. Las políticas que promueven la competencia funcionan bastante mejor. América Latina ha aprendido eso. Creo que el neoliberalismo tiene un mal nombre por dos razones: uno porque está asociado a gobiernos autoritarios y gobiernos corruptos. El caso de Menem, por ejemplo, le hizo mucho daño al neoliberalismo, el caso de Pinochet, le hizo mucho daño; pero en el caso de Chile la Concertación rescató los elementos positivos del neoliberalismo, los mantuvo, les dio un rostro humano y al final terminó siendo muy exitosa, y ha ganado todas las elecciones con un modelo esencialmente neoliberal.

Lo segundo es que el neoliberalismo está equivocadamente asociado con gobiernos que son pro empresas, mucho más con gobiernos que son pro mercados. Los gobiernos tienden a proteger a negocios y sectores específicos en vez de emparejar la cancha para que todos puedan competir. En la medida que los gobiernos son pro negocios, el neoliberalismo no funciona porque excluye a mucha gente, pero si fueran pro mercado el neoliberalismo sería un instrumento que puede conducir con un Estado saludable, musculoso, eficaz, a mayores niveles de igualdad y de justicia social.

—Además de Chile, ¿qué otros ejemplos de esto hay en la región?

—Brasil es un buen ejemplo; el gobierno brasileño ha avanzado tanto en la reducción de la pobreza como en reducción de desigualdad con políticas neoliberales. Ha avanzado mas lento de lo que debería, pero ha avanzado.

El gobierno de Tabaré Vázquez va en la misma dirección. Perú ha dado pasos en esa dirección también y ha sido bastante exitoso en adoptar las políticas neoliberales como la mejor política para producir riqueza, ése es el punto del neoliberalismo. Pero se necesita en gobiernos neoliberales, un Estado que sea valiente, innovador, capaz de distribuir mejor la riqueza, y de quitarle un poco a los ricos para darles a los pobres en contextos de mayor crecimiento, eso es posible y de hecho algunos países lo han hecho.